

857 PQ 4835
A 27
H 68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

I

MEDIO RETRATO

Yo no he sido nunca niño. No he tenido infancia. Cálidos y rubios días de embriaguez pueril; largas serenidades de la inocencia; sorpresas de los cotidianos descubrimientos del universo, ¿qué son para mí? No los conozco o no los recuerdo. Los he sabido por los libros después; los adivino ahora en los chicos que veo; los he sentido y probado por primera vez en mí, pasados los veinte años, en algún instante feliz de armisticio o de abandono. Niñez es amor, leticia, despreocupación, y yo me veo en el pasado *siempre*, separado, meditabundo.

Desde chico me he sentido tremendamente solo y diferente, no sé por qué. ¿Acaso porque los míos eran pobres o porque yo no había nacido como los demás? No sé; únicamente recuerdo que una tía joven me puso el remoquete de *viejo* a los seis o siete años y que todos los parientes lo aceptaron. En efecto, estaba lo más del tiempo serio y cejijunto; hablaba poquísimo, incluso con los demás chicos; los cumplidos me aburrían; las caricias me daban rabia, y al desenfrenado tumulto de los compañeros de la mejor edad prefería

la soledad de los rincones más apartados de nuestra casa, pequeña, pobre y obscura. Era, en fin, lo que las señoras de sombrero llaman "un niño tímido", y las mujeres a pelo, "un hurón".

Tenían razón; debía ser y era tremendamente anti-pático a todos. Recuerdo que sentía perfectamente en mi derredor esta antipatía, la cual me hacía más tímido, más melancólico, más reconcentrado.

Cuando por casualidad me veía entre otros chicos, casi nunca tomaba parte en sus juegos. Me gustaba quedarme a un lado, mirándoles con mis ojos verdes y serios de juez y de enemigo, Y no por envidia; lo que dentro de mí sentía en aquellos momentos era más bien desprecio. Desde entonces empezó la guerra entre yo y los hombres. Yo les huía, y ellos no se preocupaban de mí; no los quería y me odiaban. En la calle, de paseo, ya me echaban, ya se reían de mí; en la escuela me tiraban pelotillas o me acusaban a los maestros; en el campo, incluso en la quinta del abuelo, los chicos de los campesinos me tiraban piedras, sin que le hubiese hecho nada a nadie, como si sintieran que era de otra raza. Los parientes me invitaban o me acariciaban cuando verdaderamente no podían por menos, para no demostrar ante los demás una parcialidad hartamente indecorosa; pero yo me daba perfecta cuenta de la ficción y me escondía o respondía a sus palabras malhumorado y hosco.

Un recuerdo se ha grabado más que ningún otro en mi corazón: húmedas veladas dominicales de noviembre o diciembre en casa del abuelo, con el vino cálido en medio de la mesa, en una sopea, bajo la gran lámpara de petróleo; con la fuente de castañas asadas al lado, y toda la familia — tíos y tías, primos y primas en cantidad — con las caras rojas, en derredor.

El patriarca, junto al fuego, blanco y vivaz, reía y bebía. Estallaban los leños, medio cubiertos ya de ce-

niza blanda; chocaban los vasos sobre las bandejas; murmuraban las tías beatas y sabidillas los sucedidos y los escándalos de la semana, y los chicos reían y chillaban entre el humo azulado de los cigarros paternos. A mí todo aquel jaleo de fiesta económica e idiota me daba dolor de corazón y de cabeza. Me sentía extranjero allí dentro, muy lejos de todos. Y apenas podía, tomaba a escondidas la puerta y con prudentes pasos, pegado a la pared húmeda, me sumía en el pasillo, largo y tenebroso, que llevaba a la entrada de la casa. Sentía allí latir con vehemencia mi pequeño corazón de solitario, como si fuese a hacer algo malo, a cometer una traición. En aquel corredor había una puerta vidriera que daba a un patinillo descubierto; la entreabría un poco y me ponía a escuchar el agua, que fluía cansada y de mala gana, resonando sobre las piedras y en las pilas, que fluía sin entusiasmo, sin fuerza, pero con la obstinación lenta y odiosa de algo que no terminará nunca. Escuchaba yo en la obscuridad, con el frío en el rostro y los ojos mojados, y si alguna gota del surtidor me saltaba de pronto, me sentía feliz, como si aquella salpicadura fuese a purificarme, a invitarme a otra parte, fuera de las casas y de los domingos. Pero una voz me reclamaba a la luz, al suplicio, a los comentarios. "¡Qué chico más mal educado!"

Sí, es verdad; yo no he sido niño. He sido un "viejo" y un "hurón", pensativo y tímido. Desde entonces, lo mejor de mi vida estaba dentro de mí. Desde aquel tiempo, amputado del afecto y del contento, me encerraba, me distendía en mí mismo, en fantaseo anhelante, en el rumiar solitario del mundo rebecho a través del yo. No les gustaba a los demás, y el odio me encerró en la soledad. La soledad me hizo más triste y disgustoso; la tristeza apretó el corazón y aguzó el cerebro. La diferencia me separó incluso de

los cercanos, y la separación me hizo cada vez más diferente. Y desde aquel principio de vida empecé a gustar la viril dulzura de esa infinita e indefinida melancolía que no quiere desahogos y consuelos, sino que se consume en sí misma, sin objeto, creando poco a poco ese hábito de la vida interior y solitaria que nos aleja para siempre de los hombres.

No; yo no he conocido nunca la infancia, No recuerdo en absoluto haber sido niño. Me veo siempre selvático y absorto, apartado y silencioso, sin una sonrisa, sin un estallido de franca alegría. Me veo pálido y atónico, como en el primer retrato.

La fotografía está rota por la mitad, por debajo del corazón. Es pequeña, sucia y borrosa: los bordes de la cartulina están negros, como las orlas de los muertos. Un rostro palidecido de niño abstraído mira hacia la izquierda, y se comprende que allí, a la izquierda, frente a él, nadie le mira.

Los ojos están tristes, un poco hundidos — ¿no han salido bien? —; la boca está cerrada a la fuerza, con los labios un tanto apretados para que no se vean los dientes. Única hermosura: los rizos mórbidos, largos, ensortijados, que caen sobre el cuello de la marinera.

Mamá dice que soy yo a los siete años. Puede ser. Este retrato es la única prueba que tengo de mi infancia. Pero ¿es que os parece el tal un retrato de niño? ¿Ese pequeño espectro desvaído que no me mira, que no quiere mirar a nadie?

Se ve que no están hechos aquellos ojos para teñirse del celeste del cielo; son cenicientos, nebulosos de suyo. Aquellas mejillas se adivina que son blancas, que son pálidas y que serán siempre blancas y siempre pálidas; se pondrán rojas únicamente de cansancio o de vergüenza. Y aquellos labios tan cerrados, voluntariamente cerrados, no están hechos para abrirse a la risa, a la palabra, a la oración, al grito,

Son los cerrados labios de quien padecerá sin la fastidiosa debilidad de los lamentos. Son labios que serán besados harto tarde.

En ese medio retrato desvaído, encuentro de nuevo el espíritu muerto de aquellos días: el rostro delicado del "tímido", la hosquedad del "hurón", el tranquilo descorazonamiento del "viejo". Y se me encoge el corazón al pensar en todos aquellos días desvanecidos, en aquellos años infinitos, en aquella vida ensimismada, en aquella tristeza sin motivo, en aquella nostalgia imborrable de otros cielos y otros camaradas.

No, no; ese no es el retrato de un niño. Os repito que no he tenido infancia.

II

UN CENTENAR DE LIBROS

Me salvó de esta soledad sin luz la manía de saber. De que hube conquistado, renglón por renglón, el misterio del silabario—macizas letras negras, minúsculas, pero de tipo grueso; honestos grabados en madera; largas y friolentas veladas de invierno, bajo la luz de petróleo, con la pantalla toda pintada de florecillas naranja y azules, junto a mi madre, joven y sola, que cosía, inclinados los negros cabellos bajo sus reflejos—no tuve placer más grande ni más seguro consuelo que el leer. Los recuerdos más nítidos y sentimentales de aquella edad no son esos de la primera gorra de marinero, de terciopelo celeste, o de las naranjas chupadas al borde de un estanque verdimuerto, y tampoco los de los caballos encabritados en vano sobre una tabla ni el primer estremecimiento experimentado junto a una niña con la boca entreabierto por la respiración afanosa de la carrera. Recuerdo, por el contrario, con deseo infantil todavía, mi primero o se-

gundo libro de la escuela—pobre, humilde y estúpido libro de lectura, encuadernado en cartón amarillento, —donde un niño modelo, compungido y gordiflón, arrodillado en camisa sobre una camita de hierro, parecía recitar precisamente aquella oración rimada que abajo se leía. Y recuerdo con mayor nostalgia una especie de *Mil y una noche de la Naturaleza*, un librote con el canto verde todo deshilachado, de páginas anchas, arrugadas, rojizas de humedad, muchas veces rotas por la mitad o manchadas de tinta, pero que yo abría con la seguridad de ver aparecer ante mis ojos, siempre nueva, una ya conocida maravilla. Allí los pólipos gigantes, de redondos ojos crueles, surgían del mar, ansiando los grandes veleros del Pacífico; un joven alto, a pelo, arrodillado en la cima de un monte, producía sobre un oscuro cielo alemán su sombra colosal; por entre las altas y abruptas paredes de un valle español, estrecho y oscuro, pasaba un pequeño jinete, apenas iluminado por un rayo del alto cielo, todo atemorizado por aquel silencio de abismo; un enternecido demiurgo chino, tan sólo vestido de un trapo con un cingulo, con el escarpelo en una mano y en la otra un martillo, estaba terminando de hacer el mundo en medio del desorden de rígida selva de estalactitas que de la tierra surgían; un osado explorador, lleno de pieles, clavaba una gran bandera negra, agitada por el viento, en la punta extrema de un promontorio, frente al mar Polar, blanco, solitario y furioso... Y hojeando las rojizas páginas aparecíanseme de pronto entristecidos rostros de naturales de la Polinesia; islas madreporicas, yacentes en el mar como ligeros colchones; siniestros cometas amarillentos en el ilimitado terror del cielo negrísimo de tinta, y esqueletos de reptiles colosales...

Y recuerdo, entre los primeros libros que cayeron ante mis ojos, una fea deformación de las memorias

de Garibaldi, que yo leía y releía sin entenderlas, exaltándome instintivamente ante aquel olor a pólvora, aquel refulgir de espadas, aquellas rojas cabalgadas de bandidos y de vencedores. Nada concreto tenía en la cabeza ni nada sabía de Italia o de guerras; con todo, aplicábame a copiar el rostro barbudo del general, de la cubierta del volumen, y me parecía como si aun estuviese vivo y cerca.

Pero uno de los momentos más divinos de mi vida fué cuando tuve pleno derecho sobre la biblioteca de mi casa. La biblioteca de mi padre consistía en una rústica cesta de viruta y dentro de ella unos cien volúmenes, sobre poco más o menos. Aquella cesta estaba en un cuartito escondido al fondo de la casa, que daba sobre los tejados—verdadera Alhambra de mis fantasías,—donde había de todo: leños para quemar, trapos sucios, trampas para los ratones, jaulas de pájaros, un fusil de guardia nacional y una apollada camisa roja, garibaldina, con la medalla del 60.

Allí me encerraba todos los días apenas estaba libre, y sacaba uno por uno, con estupor y circunspección, los libros olvidados. Volúmenes desencuadrados, disparejos, manchados, envilecidos por suciedad de moscas y de palomas; todos rotos y maltrechos, y, sin embargo, tan generosos para mí de sorpresas, de maravillas y de promesas. Leía aquí y allá; descifraba, no siempre comprendía; me cansaba; volvía a probar, agitado siempre de impaciente arrebató apenas me acercaba las primeras veces a aquellos mundos de la poesía, de la aventura y de la historia que de cuando en cuando una frase o una figura hacían fulgar un instante en mi cerebro virgen.

No solamente leía: fantaseaba, reflexionaba, reedificaba, intentaba adivinar. Para mí, aquellos libros todos eran sagrados y tomaba absolutamente en serio cuanto decían. No distinguía entre historia y leyenda,

entre hecho y fantasía; los caracteres de imprenta eran a mis ojos testimonios infalibles de verdad.

Para mí, la realidad no era la de la escuela, de la calle, de la casa, sino más bien la de los libros—donde más me sentía vivir.—Algunas abrasadas tardes de verano veía a Garibaldi galopar, con la capa levantada por la brisa, entre los rebaños y los escopetazos de la pampa; en las mañanas tristes y lluviosas estaba con el conde Alfieri, que blasfemaba tras caballos y versos por todos los caminos de postas de Europa; y por la noche temblaba de odio patriótico y oratorio frenesí de gloria con los hombres ilustres de un Plutarco minuciosamente impreso en muchos tomitos vestidos de color suave.

En aquellos libros encontré también los primeros impulsos de reflexión. Había en el fondo de aquella maravillosa cesta hasta cinco o seis tomazos verdes (mesa revuelta de un copilador racionalista), donde se derrocaba a Dios y la sagrada Teología, y se hacía burla de los relatos de la Biblia y los sacerdotes del catolicismo. Entre las infinitas cosas de aquel cestón estaba el himno a Satanás, de Caducci, y desde entonces he tenido siempre más amor al Angel rebelde que al majestuoso viejo que está en los cielos. Después reconocé cuán grosera y poco segura era aquella apologética irreligiosa; pero a ella debo, asimismo, bien o mal, el ser un hombre para el cual *Dios no ha existido nunca*. Hijo de padre ateo, bautizado a escondidas, crecido sin sermones y sin misas, nunca he tenido eso que se llama "crisis de espíritu", "noches de Jouffroy" o "descubrimientos de la muerte de Dios". Para mí, Dios no ha muerto, porque nunca ha estado vivo en mi ánima.

Otro libro hizo un gran efecto sobre mi mente de entonces—y, por lo tanto, de siempre:—el *Elogio de la locura*, de Erasmo de Rotterdam. Había en casa

una edición italiana con las secas figuras grabadas por Holbein, y lo leí varias veces con gusto indescriptible. Debo tal vez a Erasmo mi pasión por los pensamientos nada comunes y el convencimiento profundo de que los hombres son unos canallas, cuando no unos imbéciles.

UN MILLON DE LIBROS

Luego de unos años de lecturas furiosas y desordenadas me di cuenta de que los pocos libros que había en casa y los otros pocos que podía tener recurriendo a las escasas librerías de parientes y conocidos, o comprando alguno usado con los céntimos ahorrados del desayuno o con los cuartos robados a mi madre, no bastaban. Supe por un muchacho un poco mayor que yo que había grandes y riquísimas bibliotecas abiertas a todos, donde a ciertas horas se podía ir, pedir el libro que se quisiera y, lo que es más, sin gastar nada. Decidí ir en seguida. Pero había una dificultad: para entrar en aquellos paraísos era menester tener, por lo menos, diez y seis años. Yo tenía doce o trece, mas para mi edad estaba incluso demasiado alto. Una mañana de julio probé. Subí una gran escalera, que me pareció ancha y solemne, temblando. Luego de dos o tres minutos de incertidumbre y latir del corazón entré en la sala de pedidos, escribí mal que bien mi peleta y la presenté con el aire turbado y sospechoso de quien se sabe en falta. El empleado— aun lo recuerdo, ¡maldito sea!, era un hombrecillo un tanto

panzudo, con ojos celestes de pez muerto y un pliegue maligno a uno y otro lado de la boca—me miró compasivo y, con odiosa y arrastrada voz, me preguntó:

—Perdone, ¿cuántos años tiene usted?

Se me enrojeció la cara, más de rabia que de vergüenza, y respondí, poniéndome tres años:

—Quince.

—No bastan. Lo siento. Lea el reglamento. Vuelva dentro de un año.

Salí de allí humillado, despechado, abatido y lleno de odio infantil contra aquel hombre horrible que me impedía a mí, pobre y hambriento de saber, el libre uso de un millón de libros, robándome así, cobardemente, en nombre de un número, un año entero de luz y contento. Había entrevisto al entrar una larga y vasta sala, con venerables sillones de alto respaldo cubiertos de paño verde, y todo alrededor libros, libros y libros, libros viejos, gordos y macizos, con las cubiertas de pergamino y de piel, con letras y frisos de oro. ¡Una maravilla! Y cada uno de aquellos libros encerraba lo que yo buscaba, ofrecía el alimento hecho para mí: historias de emperadores y poemas de batallas, vidas de hombres semidivinos, libros santos de pueblos muertos, y las ciencias de todas las cosas, los versos de todos los poetas, los sistemas de todos los filósofos. Aquellos miles de poemas en letras de oro eran para mí; a una orden mía los volúmenes que bajo el polvo esperaban, tras la tupida red de los estantes, habrían descendido hasta mí y los hubiera abierto, hojeado y devorado a placer.

No esperé un año para intentar la segunda prueba. También salió mal. Tuve que esperar a otro verano para vencer. Tenía poco más de trece años, tal vez trece y medio.

Junto con otro chico mayor que yo, que desde ha-

cía tiempo entraba allí sin dificultad, entré, por fin. Para no infundir sospechas y no pasar por niño en busca de pasatiempo, pedí un libro serio, un libro de ciencia—el de Canestrini sobre Darwin.

Esta vez estaba del otro lado de la pared de madera y cristal otro empleado—un tipo alto y seco, como pelado pajarraco, desgarrado de movimientos y que nunca permanecía quieto.—Tomó mi pedido sin mirarme, le hizo una señal con un lápiz azul y se lo pasó a un muchacho que cerca de él estaba sin decir palabra.

Esperé media hora roído por dentro de miedo a que el libro no estuviese o que no quisieran llevármelo. Cuando vino lo apreté bajo el brazo y entré, todo vergonzoso y de puntillas, en la gran sala de lectura. No había experimentado nunca tal sentimiento de reverencia—ni en la iglesia, de pequeño.—Como espantado de mi atrevimiento y de encontrarme allí dentro, después de tanto, en medio de aquel gigantesco relicario de la sabiduría de los siglos, fui a sentarme en el primer sillón libre que vi ante mí. Tales eran el desallegamiento, el placer, el estupor y el sentimiento de haberme hecho de pronto más grande y más hombre, que durante una hora no conseguí entender nada del libro que delante tenía.

Todo allí dentro parecíame santo y majestuoso como el locutorio de una nación. Aquellos sillones sucios y desteñidos, forrados de tela cuyo verde descolorido acababa en amarillo o se escondía bajo la negra grasa, parecían a mis ojos colosales y fastuosos como tronos, y el vasto silencio pesábame en el alma más grave y solemnemente que el de una catedral.

Desde aquel día volví todos, siempre que el tediosísimo colegio me dejaba libre. Poco a poco me habitué a aquel silencio, a aquella habitación tan alta sobre mi cabeza enmarañada de adolescente descui-

dado; a aquella riqueza interminable de volúmenes antiguos y nuevos, de diccionarios, de revistas, de opúsculos, atlas, códices y manuscritos. Presto me hice como de casa, aprendí las caras de los repartidores, descubrí los secretos de las firmas, penetré en los catálogos, conocí los rostros de los fieles y de los apasionados que, como yo, iban todos los días puntuales e impacientes, como a un lugar de voluptuosidad.

Y me arrojé de cabeza a cuantas lecturas me sugerían mis pululantes curiosidades o los títulos de los libros que encontraba en los que iba leyendo, y empecé entonces, sin experiencia, sin guía, sin propósito alguno, mas con todo el furor de la pasión, la vida magnífica y dura del omnisciente.

IV

DEL TODO A LA NADA

¿Qué quería aprender? ¿Qué quería hacer? No lo sabía. Ni programas ni guías; ninguna idea precisa. De esta parte o de la otra, Este u Oeste, en profundidad o en altura. Únicamente saber, saber, saberlo todo. (He aquí la palabra de mi desastre: *todo*). Desde entonces he sido de esos para quienes lo poco o la mitad no cuentan. ¡O todo o nada! Lo he querido siempre todo — y que nada se escape o quede fuera; completo y totalidad,—nada más que desear después. Es decir, el fin, la inmovilidad, la *muerte*.

Entonces quería saberlo todo, y no sabiendo por dónde empezar mariposeaba a través del conocimiento con ayuda de manuales, diccionarios, enciclopedias. La enciclopedia era mi más alto sueño, el ideal más caro, el libro máximo y perfectísimo. Allí, a juzgar, al menos, por las promesas y las apariencias, estaba todo. Todo nombre de hombre, de ciudad, de animal, de planta, de río o de montaña, estaba allí registrado, puesto en su lugar, explicado, ilustrado.

A cada pregunta la enciclopedia respondía en seguida, sin que costara trabajo buscarlo. En mi retó-